

á Abu-Bekr, cuya designación motivó más adelante que éste fuese elegido para sucederle.

## IV

## CARÁCTER Y VIDA PRIVADA DE MAHOMA

En lo que precede nos hemos ocupado particularmente de la vida pública de Mahoma, y nos falta ahora ver si reconstituimos el carácter y vida privada del profeta, sirviéndonos de los documentos que los Arabes nos han dejado.

El historiador árabe Abulfeda traza el siguiente retrato de Mahoma, aprovechando las indicaciones de los contemporáneos:

«Alí, su primer discípulo y yerno, nos lo ha descrito según la tradición como un hombre de mediana estatura; de cabeza fuerte y barba espesa; su armazón huesosa indicaba el vigor; su cara era llena y colorada; algunas canas en el colodrillo y algún pelo blanco por entre la barba negra indicaban apenas el paso de los años. En cuanto á sus cualidades morales eran superiores á las de los demás hombres; y como dirigía á Dios frecuentes oraciones, era sobrio de palabras fútiles y muy inclinado á guardar silencio. Su rostro indicaba la benevolencia; su humor era apacible y su carácter equilibrado; hacía igual justicia á todos, aunque fuesen parientes suyos ó extraños, ricos ó pobres. Amaba á los humildes, y no despreciaba al pobre á pesar de su pobreza, como tampoco honraba al rico por su riqueza; cuidadoso siempre de atraerse el amor de los hombres notables, y la simpatía de sus compañeros, no los desairaba nunca, escuchando con gran paciencia á los que iban á sentarse junto á él para hablarle. Nunca se retiraba sin que el hombre á quien daba audiencia se hubiese marchado antes; y del mismo modo, si alguno le cogía la mano, se la dejaba retener mientras quisiese. Lo mismo hacía si el que le hablaba de asuntos permanecía en pie, pues en este caso siempre era el último en retirarse. Con frecuencia visitaba á sus compañeros, informándose de lo que entre ellos ocurría.

» Él mismo se ocupaba en ordeñar sus ovejas; sentábase en el suelo; remendaba sus vestidos y calzado, los cuales en seguida usaba, á pesar de aquellos remiendos. Entre sus compañeros admitía á unos indigentes que se llamaban *Ahl-el-Saffa*, los hombres del banco, árabes desgraciados que por carecer de asilo y familia dormían de noche en la mezquita de Medina y de día se albergaban en el mismo sitio. Como

el banco de la mezquita era su domicilio, habían tomado su nombre. Cuando el profeta iba á cenar, mandaba venir á algunos para compartir con ellos su cena, y distribuía los restantes entre sus principales compañeros, á fin de que les diesen de comer. Abu-Horaira, uno de los tantos, nos ha dejado la siguiente tradición:—El profeta salió de este mundo sin haberse hartado una sola vez de pan de cebada; y con frecuencia toda su familia pasaba uno ó dos meses sin que en ninguna de las casas donde tenía su residencia se hubiese encendido fuego para cocer alimentos. La comida de Mahoma se reducía á dátiles y agua, y á veces he visto al profeta tan apretado por el hambre, que se veía obligado á comprimirse el estómago con una piedra, sujetándola con su cinturón.»

A la descripción que precede cabe añadir que, según otros cronistas árabes, Mahoma tenía mucho imperio sobre sí mismo; que era caviloso, taciturno y muy tenaz en sus resoluciones. Aunque su sencillez fuese notabilísima, cuidaba mucho del esmero de su persona, y en todas las épocas de su vida, hasta en aquella en que fué rico, él mismo se servía.

Su aptitud para sufrir las fatigas era grande; su paciencia y mansedumbre iguales á su perseverancia, y uno de sus servidores, que había estado diez y ocho años á su lado, afirmaba que Mahoma no le reprendió una sola vez.

Era hábil guerrero, y ni huía el peligro, ni lo buscaba, teniendo bastante reflexión para sentir muy pocas propensiones al valor aventurero de sus compatriotas.

Se afirma que era hombre de pocas letras, lo cual es probable, porque un literato hubiera compuesto el Corán con algún orden mayor; pero si Mahoma hubiese sido un sabio, de seguro en cambio que no funda una religión nueva; por cuanto tan sólo las personas indoctas son las que saben ponerse al alcance de las que no tienen conocimientos literarios.

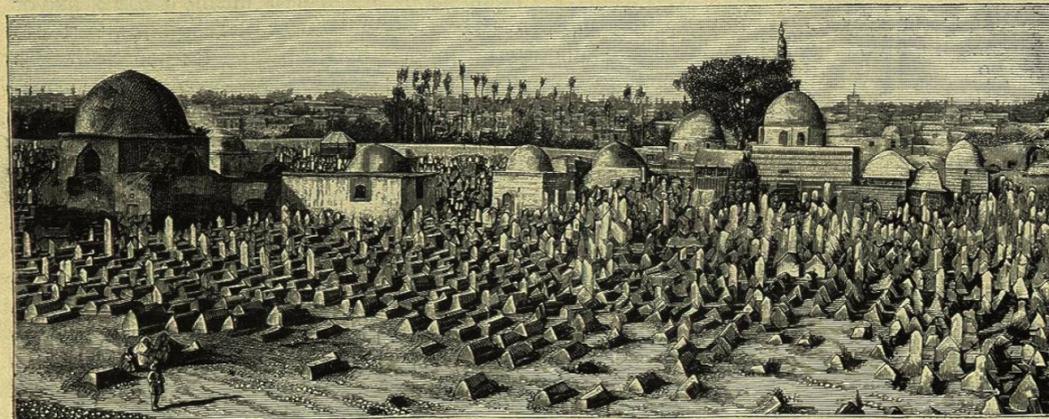
Tanto si era instruido como no, poseía gran sagacidad; una sagacidad que recuerda la que los judíos atribuyen á Salomón. Siendo muy joven, la casualidad le designó por árbitro en una disputa que se había suscitado entre las principales familias de la Meca para averiguar quién tendría el honor de colocar en el sitio del templo de la Kaaba, que entonces se reconstruía, la famosa piedra negra que un ángel había traído del cielo á Abraham. Al ver que los adversarios estaban á pique de empuñar las armas, Mahoma extendió su capa en el suelo,

puso la piedra encima y rogó á los jefes que cogiesen los bordes de la capa para levantarla hasta el nivel donde debía ponerse, y cuando estuvo á la altura debida, él mismo la cogió y la puso en su sitio, con lo cual terminó la disputa.

La sola flaqueza de Mahoma fué su amor por las mujeres; amor que, por otra parte, fué tardío, pues hasta los 50 años permaneció fiel á su primera esposa. Sin embargo, no sólo no ocultaba esta pasión, sino que solía decir: «Las cosas del mundo que más amo son las mujeres

y los perfumes; pero lo que más me conforta el alma es la oración.»

No era escrupuloso en la edad de las mujeres con quienes se casaba, y si Aiescha sólo tenía diez años cuando él la tomó por esposa, Maimuna tenía cincuenta y uno. La pasión de Mahoma por las mujeres era tan grande, que habiendo visto casualmente en paños menores á la mujer de su hijo adoptivo, sintió tales deseos de poseerla que éste tuvo que divorciarse de ella para cedérsela. Bien es verdad que los musulmanes se escandalizaron. Pero el ángel



Tumba de Fátima, hija de Mahoma, en el gran cementerio de Damasco. — De fotografía

Gabriel, con quien el profeta tenía relaciones cotidianas, declaró que la operación estaba en regla; y como estas palabras estaban escritas en el Corán, acallaron todas las censuras.

Aunque en un solo año Mahoma se casó con cuatro mujeres, no tuvo en junto más que quince, de las cuales sólo once á la vez; cuya suma quizá parezca algo crecida á un europeo, pero no lo es entre los orientales; de modo que el profeta hubiera podido tomar un número mucho mayor si hubiese querido autorizarse con el ejemplo del más sabio de los monarcas de que habla la Biblia, á saber, el gran rey Salomón.

No está del todo demostrado que Mahoma hubiese obtenido de sus mujeres una fidelidad bien completa; en términos que, según se dice, fué víctima de esos disgustillos conyugales que son tan frecuentes entre los europeos, como raros entre los orientales. Aiescha entre todas le dió muy malos ratos y bastante que hablar á los maldicientes; pero como el ángel Gabriel, siempre benévolo, dió fe de su virtud y Mahoma inscribió en el Corán aquel testimonio, no hubo lugar á dudas, á pesar de ser tan delicado aquel punto.

Por otra parte, Mahoma llegó al fin á vencerse de que no siempre es ventajoso tener demasiadas mujeres á la vez, como lo demostró prohibiendo á sus discípulos tener al mismo tiempo más de cuatro. Además, no hay necesidad de advertir que no fué el introductor en Arabia de la poligamia, la cual regía ya mucho antes del profeta en todos los países del Asia, sin distinción de cultos: del mismo modo existe hoy.

A pesar de su afición á las mujeres, Mahoma se mostró poco indulgente con ellas; pues aunque habla de dicho sexo con menos severidad que la misma Biblia, dice en el Corán «que son seres que crecen entre los adornos y atavíos, y que siempre andan disputando sin ton ni son. No conozco, añadía, defecto más poderoso que una de vosotras, oh mujeres, para quitar á los hombres, por prudentes y razonables que sean, el sentido moral.»

Según Abulfeda, Mahoma aseguraba que existe cierto número de hombres perfectos; pero que entre las mujeres no puede citarse más que á cuatro: Aseia, mujer de Faraón; María,

madre de Jesús; Khadidja, mujer del profeta, y Fátima, su hija.

Mahoma no tuvo hijos sino de su esposa Khadidja,—la tercera de las cuatro mujeres perfectas de la Creación,—y de esos hijos, que fueron siete, tres varones murieron, no quedándole más que cuatro hijas, la más conocida de las cuales es Fátima, que se casó con su hijo adoptivo Alí.

Mahoma dejó nueve viudas, y tanto si quedaron inconsolables como no, les fué imposible volver á casarse, en virtud de la prohibición que de ello hiciera el profeta.

Aunque se creyese el enviado de Dios, Mahoma no tuvo la pretensión de hacer milagros. Pero como es tradicional que un fundador de religiones debe hacerlos, se le atribuye cierto número de ellos, cuyo resumen tomo de Mr. Kasimirski:

«Una vez partió la luna en dos á la vista de todos. A ruego suyo, Dios hizo retroceder al sol á fin de que Alí pudiese hacer la oración de la tarde, que no había hecho porque el profeta se adormeció en sus rodillas, y Alí no quiso despertarlo. Siempre que el profeta caminaba al lado de otra persona, aunque era de mediana estatura, parecía inevitablemente más alto que aquella todo lo que medía su cabeza. Su cara siempre resplandecía de luz, y cuando se la tapaba con los dedos, resplandecían éstos como antorchas con la luz que recibían de su cara. Con frecuencia se había oído á las piedras, á los árboles y plantas saludar á Mahoma é inclinarse ante él; habiendo animales, como las gacelas, los lobos y lagartos, que le hablaban; y los cabritillos asados enteros, le dirigían también la palabra. Tenía poder absoluto sobre los demonios, quienes le temían, y creían en su apostolado. Dió la vista á varios ciegos, curó á enfermos, y hasta resucitó difuntos. Un día hizo bajar una mesa completamente puesta para Alí y su familia, que tenían hambre; predijo que la posteridad suya, que nacería de Fátima, sería víctima de las injusticias y persecuciones, y que los Omniadas reinarian mil meses, y todo eso se ha realizado, etc., etc.»

Además está demostrado, para todo buen musulmán, que Mahoma fué una noche transportado al cielo por un animal fantástico llamado Borak: especie de ser alado con cara de mujer, cuerpo de caballo y cola de pavo; y que después de pasar por los siete cielos, llegó cerca del trono de Dios.

Se ha asegurado que Mahoma era epilépti-

co. Mas yo nada he hallado en las crónicas árabes que me permita opinar sobre este punto, y todo lo que sabemos por el testimonio de sus contemporáneos, inclusa su mujer Aiescha, es que durante sus inspiraciones celestes caía en una especie de estado particular, caracterizado por una congestión facial, por gemidos, y finalmente por un síncope.

Fuera de estas alucinaciones, Mahoma, como muchos locos, tenía un juicio muy sano.

Desde el punto de vista científico, procede evidentemente clasificar á Mahoma en la familia de los enajenados, lo mismo que á la mayor parte de los fundadores de religiones. Pero eso poco importa. No son los fríos pensadores los hombres que fundan los nuevos cultos y arrastran á los hombres, sino los alucinados, los cuales son los únicos que pueden desempeñar esta misión. Cuando se examina la influencia de los locos en el mundo, se reconoce que fué inmensa: ellos fundan religiones, ellos destruyen imperios, ellos levantan las masas al estampido de sus gritos; su mano poderosa ha conducido hasta ahora á la humanidad, y el curso de la historia hubiera sido muy diferente si hubiese reinado en el mundo, no la locura, sino la razón. En cuanto á pretender que Mahoma fué un impostor, me parece evidente la imposibilidad de sostenerlo de ningún modo; pues sólo en sus alucinaciones podía aquél hallar los alientos necesarios para vencer todas las dificultades que rodearon sus primeros pasos. Es necesario ante todo creer en sí mismo para llegar á imponer su creencia á otros; y como Mahoma se creía apoyado por Dios, con el auxilio de este apoyo no debía retroceder ante ningún obstáculo.

Cuando el profeta murió había obtenido el inmenso resultado de juntar en una sola nación, de hacer seguir una sola creencia, y hacer capaces por consiguiente de obedecer á un solo dueño, á todos los pueblos de la Arabia. Inútil sería preguntarse si aquel resultado correspondió á lo que se propuso; porque como conocemos tan poco las verdaderas causas de la sucesión de los acontecimientos, debemos reducirnos á admitir, como habitualmente lo hacen los historiadores, que lo alcanzado con la influencia de los grandes hombres es lo mismo verdaderamente que ellos se propusieron obtener; y aunque sería fácil demostrar que el valor de esta regla es discutible, no podría hacerlo ahora sin salir del cuadro que me he trazado.

Sea como fuere, lo indudable es que Maho-

ma obtuvo en Arabia un resultado que ninguna de las religiones aparecidas antes de él, incluso el mismo cristianismo, había podido alcanzar; con lo que hizo á los Arabes un inmenso servicio, de cuya grandeza puede hacerse cargo claramente el lector viendo la respuesta que los mensajeros de Omar dieron al rey de Persia cuando les interrogó sobre lo que el profeta hiciera:

«Eramos tan míseros, que había entre nosotros gente que debía aplacar su hambre devorando insectos y serpientes; y otros se veían obligados á hacer morir á sus hijas para no compartir con ellas sus alimentos. Sumidos en las tinieblas de la superstición y de la idolatría, sin leyes, ni freno, enemigos siempre unos de otros, no pensábamos más que en saquearnos y destruirnos mutuamente. Tal es en realidad lo que fuimos. Pero hoy en día somos ya un pueblo nuevo, pues habiendo Dios suscitado entre nosotros á un hombre, que era el más distinguido de los Arabes por la nobleza de su nacimiento, por sus virtudes y su genio, y habiéndolo escogido por enviado y profeta suyo, nos dijo por boca de este mismo: «Yo soy el Dios único, eterno y criador del universo. Mi bondad os envía un guía para dirigiros, y el camino que él os enseñe libraros há de las penas que reservo en otra vida para los impíos y criminales, al mismo tiempo que os conducirá

junto á mí, á la morada de la felicidad.» La persuasión se insinuó poquito á poco en nuestros corazones; hemos creído en la misión del profeta; hemos reconocido que las palabras de éste eran las palabras de Dios, y sus órdenes, órdenes divinas, y que la religión que nos anunciaba era la única verdadera. Él ha iluminado nuestras mentes; él ha extinguido nuestros odios, y él nos ha reunido como sociedad de hermanos, bajo leyes dictadas por la sabiduría divina.»

Si puede juzgarse del mérito de los hombres por la grandeza de las obras que han fundado, cabe decir que Mahoma fué uno de los más grandes que la historia ha conocido. Las preocupaciones religiosas han impedido á muchos historiadores reconocer la importancia de aquella empresa; pero hoy los mismos escritores cristianos empiezan á hacerle justicia, y hé aquí en qué términos habla de él uno de los más distinguidos entre ellos, Mr. Barthelemy Saint-Hilaire: «Mahoma ha sido el más inteligente, el más religioso y más clemente de los Arabes de su tiempo; y no sólo ha debido su imperio únicamente á su superioridad, sino que la religión que ha predicado ha sido un bien inmenso para las razas que la adoptaron.»

¿En qué consistía esa religión que debía someter á su ley tantos millones de hombres? ¿qué verdades nuevas enseñaba al mundo? Vamos ahora á examinarlo.

